

IGNACIO CHÁVEZ

PERFIL DE
LA CARDIOLOGIA
NACIONAL.

NUESTRA VIDA médica constituye un reto. Hay que aceptarlo. Es el reto de no quedarnos atrás, de estar al día en nuestros conocimientos, pese al vértigo de los avances.

El reto de no vivir de ciencia prestada, de no contentarnos con lucir el saber ajeno. Debemos crear ciencia propia. Al acervo común, a la producción de los demás, hay que agregar nuestra contribución científica, pequeña o grande, pero nuestra, hija de nuestra experiencia y de nuestras reflexiones, no de nuestra fantasía. Esta es la obra de creación en que debe culminar nuestro afán de conocimiento.

La vida entera, decía, es un reto. Frente a nosotros está el de descifrar la causa y el mecanismo de muchas enfermedades, condición indispensable para prevenirlas un día. Está el de resolver los mil problemas de diagnóstico y de tratamiento que le den valor a nuestra actuación.

Y en un plano más modesto, está el reto de dar, a lo largo y a lo ancho del país, una buena labor científica, una moderna atención a nuestros enfermos. Lo que equivale a decir que hay que poner nuestra ciencia y nuestra técnica al alcance de todos. De nada sirve que la medicina avance si los enfermos no pueden alcanzar sus beneficios. Por eso la urgencia de crear o de modernizar los servicios cardiológicos de nuestros hospitales; por eso la importancia de levantar centros especializados en las grandes capitales; por eso la necesidad de formar un suficiente número de especialistas capacitados.

Y cuando todo eso se logre, el reto sigue en pie; es el de crear escuelas cardiológicas regionales que rompan toda hegemonía, que tengan

su vida propia, su acento original, que adquieran una fisonomía científica distinta, que sea como su sello intelectual.

Nada de esto es fácil. Hay cien formas de resistencia del medio, que van desde la pobreza hasta la mezquindad. Por eso el reto de convencer a las autoridades responsables, de que para servir al pueblo no basta con ofrecer las ayudas elementales, y que las superiores son tan esenciales para su salud y su felicidad como las otras. Habrá que hacer llegar a la convicción de los que gobiernan, que un servicio de éstos compensa lo oneroso por la eficacia que tiene; que el fomento de las altas disciplinas científicas y el dominio de los grandes avances, si son para los enfermos como una tabla de salvación, son como el oxígeno del alma para los hombres que alcanzan niveles superiores del conocimiento.

Todo esto constituye un reto eterno. La vida entera se consume en superar su apremio; pero todo el esfuerzo se recompensa si logramos encontrarnos a nosotros mismos y realizarnos en los planos superiores de la vida, en la obra fecunda de la creación intelectual.

Si esto constituye nuestro orgullo, nos impone, en cambio, una pesada carga de responsabilidades, más pesada y más dura aún porque van de por medio problemas de salud y de vida, todo el futuro de nuestros enfermos.

Esta preocupación ya la he invocado antes. En el Congreso Europeo de Roma, hace tres años, la resumí diciendo que en nuestro campo médico, detrás de la exigencia técnica está siempre la otra, de carácter humano, que imprime a nuestra profesión un carácter que no tienen los demás. Apostolado, se ha dicho; sacerdocio laico; misión humanitaria. Como se quiera. El sufrimiento humano que manejamos, físico o espiritual, da a nuestra vida médica una nobleza y una responsabilidad que no tienen las otras disciplinas. Es esa exigencia la que no se empuja en el fondo de nuestras conciencias y es ella la que nos pide buscar más, saber más, poder más.

Frente a ese panorama se justifica todo optimismo sobre el futuro de nuestra ciencia. Pero llegados a ese punto quedará siempre frente a ustedes un reto permanente, insoslayable, del que ha de depender la categoría que alcance la medicina nacional. Ya lo expuse hace unos momentos, cuando hablé de crear y robustecer las escuelas periféricas, confiriéndoles no sólo altos niveles, sino fisonomía científica propia. Insisto en ello, en la necesidad de que esas escuelas vivan y se nutran de la savia común, porque es debido; pero que reciban, además, la savia pro-

pia, la de su misma tierra, la que da el espíritu de su propio medio...

El viajero que visita la India tiene la ocasión de admirar, en las orillas de Calcuta, el árbol considerado como el más grande del mundo, por el área inmensa que abarca su fronda. No es un tronco y una fronda, sino es un bosque, en el que cada rama del tronco inicial, al inclinarse sobre la tierra madre, hinca en ella una nueva raíz que mañana ha de convertirse, a su vez, en tronco. Entre todos sostienen la fronda magnífica y todos contribuyen para allegar la savia nutridora. La función vital dejó de recaer sobre un árbol solo, para hacerse canto de selva, función y gloria de todos, en un esfuerzo de vida común.

En el árbol baniano de la India miro el símbolo de la misión que aguarda a todos los grupos cardiológicos del país. Ramas que arrancaron un día de un tronco común, deben lanzar su ímpetu de vida hacia el terruño fecundo. Enraizar en él y vivir de su propia savia, árboles, mañana, también ellos. Y, sin embargo de su vida asegurada, seguir viviendo y creciendo en la armonía de la selva común.